

FRANCISCO GONZÁLEZ DÍAZ

PASIONARIAS

(POESÍAS)



Miranda, Las Palmas

Perdomo, 10

PASIONARIAS

La poesía moderna

Interroguémonos previamente: ¿convienen a la poesía, una esencia inmortal, una presencia ideal, los conceptos cronológicos de antigua y moderna que se aplican a la historia? ¿También tendrá tiempos medios?

A mi modo de juzgar, la poesía está en las cosas y en los seres que la interpretan, con absoluto desprendimiento de ellos mismos. Tras lo que inmediatamente se vé, mediante los ojos, surge en el espíritu, realzada, la idealidad poética, un valor psicológico, interno.... Y esos contornos luminosos de la segunda visión, piden forma expresiva.

Entonces la poesía, dígase la belleza, se hace trascendente. El poeta-sacerdote la vierte y guarda

en sus ánforas litúrgicas. Desde Homero acá, el contenido es brebaje de dioses que se trasvasa conservando sus calidades naturales, variando de sabor según la materia del ánfora y la alteza del alma receptora y guardiana. La esencia, la presencia y la potencia de la poesía permanecen, sin embargo, en los senos del universo, donde nunca jamás se agotan. El mito de la Fuente Castalia simboliza este fluir y correr eternos; las almas poéticas acuden a sus márgenes, recogen y se llevan el tesoro de sus linfas deleitosas... Y la apreciación cualitativa de más o menos en las ánforas (volvamos al simil) es lo que establece escalafón jerárquico entre los poetas. Pero la Fuente Castalia corre desde los días portentosos del Génesis.

Si a eso, que no tiene límite de tiempo ni de espacio, le ponemos de arbitraria manera un distingo limitativo, lo desnaturalizamos. No hay edades antigua, media ni moderna para la poesía, esencial, presente y potente.

Lo antiguo, lo moderno, son delimitaciones históricas asignables al poeta, que se estaciona junto a la Fuente Castalia y llena de poesía su alma, es decir, su ánfora más o menos grande y bella.

En breves términos: cuando hablamos de antigüedad o modernidad, entiéndase que aludimos a las formas pasajeras, eternamente variables como las nubes....

La poesía más moderna es acaso la más antigua, aunque parezca paradójico.

El niño es más moderno que el hombre, aunque le precede, pues el hombre, para serlo, ha necesitado crecer, envejecer con relación a la infancia madrugadora..

La segunda visión del niño, su atisbo matinal de la belleza, es una captura sin emboscadas, inquietudes ni sobresaltos.

La impropriamente denominada poesía antigua era una niñez visionaria en una cuna de marfil y oro.

Y la llamada erróneamente poesía moderna, es una vejez de vista cansada.

* * *

Proscripta la idea de circunscripción para la poesía, ilimitable, el modernismo poético queda reducido a un cambio de molde o de hechura.

Asunto de arte exterior, transitorio. Renuévanse los elementos manifestativos, pero no la esencia.

La poesía renovada, modernizada, brota siempre de los mismos manantiales. Y los poetas achican, agrandan, simplifican o complican sus ánforas, que, siempre también, conservan algún detalle de la sencillez del dibujo clásico y, en su fondo, algún sedimento del clasicismo, persistente como el amor.

No debe el poeta ponerse en pasado, presente ni futuro; no debe ser antiguo ni moderno ni anticipado, sino tan sólo poeta.

Y así, poeta, libre de toda carga, de todo prejuicio, me llamo yo, y me contesto.

POESIA ES AMOR.

El amor es la esencia de la poesía, y la gran cuerda de la lira omnícorde. Si el poeta no ama, no es poeta; porque el amor es la voz cantante de la naturaleza en función continua de reproducirse amando, y las voces humanas la corean. El amor, no solo tiene categoría de ley universal bajo el aspecto de simpatía entre las cosas y armonía entre los elementos del Cosmos ordenados para cantar el amor de Dios, resumen de todos los amores, sino que, además, sale del fondo del hombre como un grito gozoso o como un tierno gemido. Y late en la creación, y marca el paso de las sociedades...

Si queremos, al definirlo, limitarlo al abrazo reproductor de los seres en la vida de las especies, ya lo concretamos de manera caprichosa, ya lo encerramos en un círculo que, aunque muy extenso, no puede abarcar el enorme contenido de ese sentimiento, de ese instinto, de esa ley humana y cósmica. No. El amor rechaza el límite.

Los poetas que han prescindido del amor, han bajado el tono con exceso, han hablado en forma rítmica como huérfanos rebeldes. Han estado fuera de la ley. Por otra parte, ninguno dejó de darle entrada en su alcázar mágico, alguna vez; y si no se la dió, él se metió dentro por alguna puerta excusada u oculto portillo. Entraba prisionero y se hacía el amo. No hay modo de prescindir del amor.

Antes de que se inventaran las lenguas, él había inventado la suya.

Tenía su romance y cantaba su romanza. Los coros terrestres, por lo divino y por lo humano, elevaban al cielo la palabra hecha himno en alas de la inspiración.

* * *

Véase por qué el amor es de todas las edades del mundo y del hombre. El poeta viejo también lo siente y lo interpreta.

El amor le ha vuelto la espalda; pero el poeta que lo ha visto huir, lo llama melancólicamente en las últimas horas de la tarde al morir la naturaleza exhalando un suspiro de amor místico.

El poeta siempre lo comprenderá, lo amará. Amar el amor es hacerse digno de cantarlo. Y si el poeta no alza la canción personal del amor, la

IX

*suya, porque el amor le ha abandonado, entona
la de todos en nombre de todos.*

*Habla la lengua universal que se inventó
antes de ser inventadas las lenguas. Une su voz
a la voz del gran Todo. Su verso contiene el
Universo.*

Francisco González Díaz

Las quejas del ruiseñor

¡Triste es cantar en soledad, Dios santo!
pensaba un ruiseñor mientras decía
su nocturna plegaria y en su canto
una gran rosa de pasión se abría.

Estaba locamente enamorado,
el soplo del amor le enardecía,
¡divino amor, que todo lo ha creado,
y que tiene otro nombre: poesía!

Amaba por amar, como se ama
lo que no se define en lejanía;
el sentimiento es una ardiente llama
que, si va lejos, al correr, se enfría...

Amaba como se ama a las estrellas,
en un vuelo de osada altanería:
inaccesibles, demasiado bellas,
¿quién le dirá a ninguna: tú eres mía?

Le envidiaban los pájaros cantores,
huéspedes vocingleros de la umbría,
y siendo hermano de los ruiseñores,
cantaba solitario en rebeldía...

Aquel bosque ceñudo era un desierto,
y era una tumba su extensión sombría;
poblado estaba, pero estaba muerto,
el ruiseñor, cantando, se moría...

Los otros, aturridos, no cantaban;
la vida, sin amor, languidecía;
los pájaros cantores se ausentaban,
el campo en torno se entenebreceía...

Al pasar una vez la Primavera
por allí, trasportada de alegría,
le entristeció la soledad austera
y no supo expresar lo que sentía.

«¡Hermosa paz para morir soñando!
—exclamó luego— ¡paz de sacristía!
Yo, que voy por el mundo envenenando
amores, alcancé lo que pedía.

Pués, bien, me quedaré. Cual cortesana
que encuentra al cabo la *diritta via*,
empezaré a vivir desde mañana
mi vida nueva, eterna lozanía.

Ofrendada a los cielos en el ara
de este santuario adonde yo venía
en sueños; Dios, que me llamara
a penitencia, bien me lo advertía...

Soy grande pecadora porque incito
a pecar con mi ardor de paganía,
abro de la lujuria el apetito
y tras mis pasos camina la orgía.

Con la conciencia llena de pecados,
aunque hermosa nací, soy una harpía;
enciendo en mis amantes humillados
los fuegos fátuos de la fantasía...

Les abraso la sangre, emponzoñada
por mis besos, besos de mancebía;
les doy en cada beso, arrebatada
de una erótica furia, mi ardentía...

Y fué como una monja en la clausura
¡oh débil monja que se arrepentía!
La pesadumbre de la selva oscura,
sin dejarla rezar, la pervertía

Luchaba en vano por volverse buena,
quería regenerarse y no podía;
con los ungüentos de la Magdalena
sus propios piés, no los de Cristo, unguía...

Y dominando la naturaleza
que a su cetro de diosa se rendía,
la seducción de su inmortal belleza
le remachaba la soberanía.

La desnudez escueta del Invierno
no le preocupaba ni afligía,
porque vestido de un verdor eterno,
su propio traje, ¿quién lo conocía?

Tampoco los rigores del Verano
(lo mismo que al invierno lo vestía)
Le amaba, pues al fin era su hermano,
y a su mesa y hogar no lo admitía.

El Otoño, ese bello adolescente,
tampoco sus favores obtenía;
pálido, melancólico, doliente,
no entraba allí, porque ella no quería. .

Otro hermano lanzado de la casa,
víctima injusta de la tiranía,
otro que llega despacito y pasa
sin hacer hospedaje ni estadía.

Primavera, absoluta soberana,
omnimodos poderes ejercía;
aunque mujer voluble, casquivana,
todo lo sujetó a su monarquía.

El ruiseñor cantaba para ella,
¡única, deleitosa compañía!
Era como cantar para una estrella,
el reguero de notas se perdía.

El bosque inerte de la Primavera
no se desperezaba ni bullía,
roncaba la imperiosa prisionera
mientras el noble músico gemía... .

En el silencio de la selva en calma,
que avasallada al sueño no le oía,
el pobre ruiseñor entregó el alma,
el alma de la Noche, toda melancolía...

Son las flores en toda su realeza,
de la mujer risueña alegoría;
porque son puras, aman la pureza,
y el arte de cantar las extasía.

Nada, ni un desperezo ni un murmullo;
la muda selva no se conmovía,
sorda a la serenata; aquel arrullo
dulce y sonoro no repercutía.

Nada, ni un sobresalto ni un alerta,
ni la hoja de un árbol se movía:
nada en la soledad pasiva, yerta,
que un sudario de sombras envolvía.

Nada para mostrar en la espesura
la presencia del hombre que aplaudía;
del mar inmenso en la tremenda anchura
el que naufraga, sufre esa agonía...

En fiesta de familia, más humanos
para sentir la lluvia de armonía,
bailaban una danza los gusanos
mientras el pajarillo se plañía.

Agonizaba el ruiseñor cantando,
el manto de tinieblas le cubría;
acababa sus trovas sollozando
como un viajero que se despedía.

Monologaba un lento recitado;
en el bosque desierto nadie había,
y transido de pena, desolado,
gimió en una celeste melodía:

«Dioses, decidme: ¿esperaré la aurora?
¿Para que proseguir la canturía?
Aquél que canta solo, más bien llora,
cantar sin ser oído es tontería.»

Pero una vez, por permisión divina
(su fé así lo esperaba, lo creía),
le saludó la alondra matutina
y alegre le cantó que amanecía...

Enamorado el pájaro canoro,
suspiró en un gorjeo: ¡Ave, María!
Y replicó la alondra: ¡«Lo deploro»,
para tí, pobrecillo, anochecía!

No podemos amarnos: el derroche
de tus trinos de amor me dejan fría,
porque tú eres el alma de la noche,
y mi canción abre la puerta al día.»

Herido y deslumbrado por el rayo
de la verdad que le desvanecía,
el ruiseñor, en un mortal desmayo,
cayó frente a la alondra, que lo hería...

Cobró fuerzas después, trino un lamento
para decir que tarde le venía
la cruel revelación y que al momento,
hacia otros horizontes huiría.

Se echó a volar el trovador errante,
vacilando y sin ver lo que veía,
ofuscóle un destello relumbrante,
y, en efecto, notó que el sol salía...

Y voló a la ciudad; en cien jardines
donde una regia floración lucía,
su canto alzó para los serafines,
¡nadie, horrible palabra, le atendía!

No halló en su viaje buenos amadores
ni finos bebedores de ambrosía;
¡comercio de los seres inferiores!
la gente traficaba y no vivía.

* * *

Maldijo, sin consuelo, a la fortuna,
peregrinó por campos y florestas,
soñó ser monje, se agregó a la tuna
estudiantil, y se aturdió de fiestas.

Vocalizó a la faz de una laguna
por la plata lunar abrigantada,
encontraron su música importuna
los torpes gansos, plebe adocenada...

Y desde entonces se reserva, ayuna
en materia de amores ideales.
¿Cantará su canción junto a una cuna?
¿La elevará a los dioses inmortales?

Amando ya sin esperanza alguna,
puso en el cielo su burlado amor,
y en el bosque, cantándole a la luna,
se quedó para siempre el ruiseñor.

A GALDÓS

¡La luz que me diste!...

Cuando nací, Maestro, sentí que habías nacido,
me encandiló la gloria de tu predecesión;
quise ir sobre tus pasos por donde tú habías ido...

Se reflejó en mi vida desde el primer instante
la luz de tu cerebro como la luz del Sol,
que ilumina la ruta del pobre caminante,

y lo que al Sol se pide te pedí «¡dáme más!
Dáme más luz, pues eres un astro soberano
y como ellos, profuso, sin reserva la das!»

Desde entonces brillastes oh sol, en mi horizonte
y bajaste a mi alma, (fué bajar al Infierno,
descender a un abismo de lo alto de un monte...)

Descendiste, Maestro, porque yo te hice mío,
sin que tú lo supieras, ¡no lo podías saber!;
como una antorcha fuiste en un antro sombrío,
y la luz que me dieras está radiando en mí!
¡Yo me llamo planeta, yo me llamo satélite,
y recojo y reflejo la luz que te pedí!

El día y yo...

El día llora, y yo bebo mis lágrimas,
 que en fuerza de amargar no son amargas...
 Me duele el corazón; también al día,
 él como yo reniega de la vida,
 y no quiere morir, por avaricia...

La avaricia del pobre condenado
 que cuenta los minutos con espanto;
 que no teniendo amores en la tierra,
 para dormir reclina la cabeza
 en su propio dolor, y de este modo
 busca y no halla un guía generoso
 que le conduzca, y no le deje solo...

Bueno. ¿Quién es más triste, el día o yo?
 ¿Cual más atribulado de los dos?
 Somos en el sufrir tan parecidos,
 que sería vano empeño distinguírnos,
 porque, en pura verdad, somos lo mismo.
 ¿Soy su hijo yo, es el día mi padre?
 ¿Voy yo detrás, el día va delante?

¡ESPAÑA! ¡ESPAÑA!

¡España, Español...

¡Oh madre España! Tu maternidad
América proclama y enaltece...
Es la aureola de tu ancianidad;
por eso para tí nunca anochece,
por eso para tí siempre amanece.
Fuiste, España, paloma mensajera
que el viaje de Colón acompañaste;
fuiste el alma de Europa viajera,
y a cambio de lo mucho que llevaste
has perdido todo lo que encontraste.
Eres la sin igual progenitora
de veinte trasatlánticas naciones;
gran descubridora, gran conquistadora,
en tu ruta nacen constelaciones
para guiar la marcha de tus legiones!
A tu paso miras abrirse los cielos,
romperse las nubes, descender la gloria
como un alba pura, rasgarse los velos,
cuajarse cual enorme perla la historia,
la gran epopeya hacerse memoria

clara, viva; los héroes de Homero
renacer con nuevas formas y aventuras,
a Cristo encarnarse en el misionero,
tus hombres de guerra hacerse criaturas
más altas, más nobles más fuertes, más duras
que el género humano por ellas vencido;
henderse los mares, rendirse los montes
al valor heroico y al celo encendido
de tus emisarios, de tus faetontes,
águilas señoras de los horizontes...
Donde hambrientos clavaron su garra
los insígnies cachorros de la leona,
estampaste tus huellas, gentil matrona,
profundizaste el cuño de tu corona...
Acuñadas las razas del nuevo mundo
con los excelsos símbolos de tu imperio,
adoraste tu imagen en lo profundo
del alma americana que era misterio;
ejerciste un egregio magisterio.
En la tierra alumbrada plantaste cruces,
en pueblos infantiles sembraste ideas,
en lo alto de las cruces prendiste luces,
y aunque otra cosa, España, digas o creas,
aquellas luminarias se hicieron teas.
Perdió la donceller, pero no la gracia
América; en pecado y con mancilla
una hija engendró, la democracia,
que por ley de ascendencia y maravilla,
también viene a ser nieta de Castilla...

Subiste, como el cóndor, a los Andes,
y con Balboa entraste en el Pacífico...
Igual que tus virtudes, fueron grandes
tus culpas. El apóstol beatífico
precedía al depredador magnífico.
Del Crucero del Sur a los fulgores
leyes diste a las tribus bautizadas,
y bendeciste a los conquistadores:
entre el centellear de las espadas
fueron hacia Jesús, cristianizadas...
Rojo de sol o lívido de nieve,
según los climas y las latitudes,
tu poder en América fué breve,
pero grandioso. De las altitudes
bajaban tus ejércitos—aludes,
torrentes que venían de las montañas
y eran trombas de sangre en las llanuras,
campo de tus quiméricas hazañas,
consumación de increíbles locuras,
anunciación de Españas futuras.
Y en ese ir y venir de tus soldados,
tus sacerdotes, tus aventureros,
cuerpos, almas y géneros mezclados,
iban llorando en pos de los guerreros
los rebaños de tristes prisioneros...
¡España, España, ven a nueva vida!
Enciende tus fanales apagados;
recupera, por fin, la fé perdida;
sumérgete en los siglos pasados,

y resurge en los tiempos deseados.
Contempla tu Iliada en el marco épico
que le dieron tus hijos a tu realeza,
vistete la púrpura del poema homérico,
pon esa pirámide sobre tu cabeza,
¡renuévate, España, cobra fortaleza!

Poesía filosófica

Si desde el empezar
todo es sufrir y llorar,
¿cómo será el acabar,
y como en el declinar
lograremos descansar?

Sabemos que caminamos,
no sabemos donde vamos..
Y mientras más meditamos.
más sabemos que ignoramos
y más sabemos que erramos...

¡Vida que fué un baluceo
y será un tartamudeo...!
Primero, baluceamos;
al fin, tartamudeamos...

Que para quedarnos mudos,
nos volvemos tartamudos.

Tartamudez
y desnudez,
mudez...
¿Después?

La cuna
es una
arrulladora
encantadora.

Se mezclan sus arrullos
con voces y murmullos
quejosos,
medrosos...

¿De dónde vienen,
y porque tienen
tanta resonancia
y perseverancia?

En la última frontera,
tras la estación postrera,
¿quién nos saldrá a recibir?
¿cómo será el porvenir?

¿Hay porvenir en lo eterno?
Infinito y sempiterno,
son dos vocablos que excluyen
todas las cosas que huyen?

Y siempre más allá;
Pero no hay *más* ya,
ni *menos* tampoco.
¡Es volverse loco!

La presencia de Cristo

Sala de un hospital: luto, llanto y dolor...
 Un rocío de lágrimas en las facies marchitas,
 una expresión de angustia de las almas contritas;
 estertores, lamentos de un enfermo pecador...

Ideales blancuras de excelsa eucaristía;
 la Caridad en brazos de una hermana enfermera
 que va de lecho en lecho, cariñosa y parlera;
 una mañana alegre sobre tanta agonía...

Entran médico y Viático, *¡oh salus infirmorum!*
 prodigando consuelos y sembrando esperanzas,
 promete la hermanita las bienaventuranzas
 a los tristes dolientes, *consolatus afflictorum...*

Da de beber, piadosa cual la Samaritana;
 mientras cuida a los vivos, se acuerda de los muertos
 que amortajó. ¡Es hermana, más que hermana!

Trágico crucifijo que va de mano en mano,
 pone en los secos labios la dulzura final.
 ¡Toda la gran tragedia del infortunio humano!

Preguntan a un incrédulo si cree en Dios: ¡que sí!
 recobra en aquel trance toda la fé perdida,
 Es que Cristo ha pasado, y su huella está allí.

VII

La Musa pobre

Sentado en el rincón de una taberna,
la frente sudorosa entre las manos,
vaga y sin brillo la mirada tierna
que deslumbran ensueños sobrehumanos,
el cantor en sí mismo se interna,
extraño a todo y fuera del momento...

Con sonrisa glacial le va escanciando
al propio tiempo inspiración y vino,
y lo va poco a poco emborrachando
la musa que encontrara en su camino,
que al sonreírle así lo está matando:
¡La musa pobre del poeta hambriento!

VIII

Los cuatro dolores

¡Cómo siento haber nacido!

¡Cómo siento haber pecado!

¡Cómo siento haber vivido!

¡Cómo siento haber amado!

En un solo dolor cuatro dolores,
los cuatro clavos de mi cruz, punzantes;
¡noches tristes y días torturadores
compuestos de minutos galopantes!

Arboles llorosos

Se inclinan pensativos al paso de la brisa,
ligero movimiento de su inmovilidad;
destacan en la niebla sus formas fantasmales;
son como penitentes cansados de rezar...

Hospedan y regalan a las aves viajeras,
brindan al caminante su amparo fraternal,
y los que se desnudan en brazos del otoño
mueren con dulce muerte para resucitar...

Amor entre los hombres es oficio divino;
amor entre los árboles es función natural;
nos vierten en sus copas todas las bendiciones,
y, como aman de veras, ignoran lo que dan.

Pero no son felices, porque son sensitivos,
y ni viven alegres ni descansan en paz.
Reflejan los estados de la naturaleza,
y la lluvia, que es llanto, hoy los hace llorar.

El Príncipe del Piamonte

La gloria está en los aires, como el sol matutino;
una ilustre embajada a visitarnos vino.
En la paz del ambiente, un águila imperiosa
abre sus alas rútilas, se cierne magestuosa;
la bandera italiana, que es símbolo oficial
de la naturaleza de aquel reino ideal:
verdor de las llanuras de la alta Lombardía
y del agro de Nápoles, eterna paganía
en que el genio latino delata su presencia,
y nieve de los Alpes, y rosas de Florencia...
¿No son estos colores belleza y esperanza,
la visión del pasado, y el triunfo en lontananza?
El pueblo que los viste, se viste de esplendor,
y si los trae un príncipe, bien venido, señor!

Tiene Italia cautiva el alma en su bandera,
sintiéndose orgullosa al verse prisionera...
Como la faz de Cristo en el lienzo sagrado,
allí grabó su imagen, y allí la ha perpetuado.
Un día, entre huracanes, de manos de la guerra
la cogió Garibaldi, y exclamó: ¡tierra, tierra!
como Colón; Italia, una e indivisible,
uniendo sus pedazos, llegó a ser intangible,
y recobró e impuso su antigua magestad,
y adoptó un sobre-nombre: se llamó Libertad.
Venga a nos la bandera que al desplegarse avanza
hinchida de armonías, como una gran romanza;
la fuerza de una estirpe, y su poder fecundo,
la historia de una gente soberana del mundo.
Venga a nos, que gritamos en arranque espontáneo
para vitorearla ¡viva el Mediterráneo!
Pues aunque somos hijos de Atlante, y africanos,
en nuestra sangre ibérica hay glóbulos romanos.
Y cantemos: Italia nos invita a cantar,
que cante el «mare nostrum», el atlántico mar!
Si el poema del Tasso, canción de caballeros,
reflorece en los labios de pobres gondoleros,
cantémoslo nosotros con la frente inclinada:
¡Jerusalén querida, salvada y libertada!

Hubo un tiempo en que fuimos allá los españoles
en función belicosa, y llevamos crisoles
para filtrar en nuestra rudeza castellana
una esencia exquisita: la cultura italiana.

Y un tiempo en que acudimos a las fuentes eternas
y nos alimentaron las entrañas maternas
de la loba romana; el arte y la poesía
clarearon con albores, aquí, de un nuevo día...
Y pulsó dulcemente el dulce Garcilaso
con cadencia española la cítara del Tasso ..
Siempre fuimos amigos, aún cuando no lo fuimos;
no dejamos de amarnos, si alguna vez reñimos,
siempre estuvimos cerca, aún estando lejanos,
y hoy somos más que nunca, por tradición, hermanos..
A Italia le debemos una regia merced
(encima de este nombre la corona poned),
que con la buena nueva de Amadeo Primero,
la casa de Saboya nos dió «el rey caballero»;
dinastía de soldados y raza de caudillos
de mujeres piadosas y varones sencillos...

.

Este príncipe joven, atrayente y gentil,
romántica figura para un cuento de Abril,
tendrá sin un desmayo ni un rictus ni un temblor,
en su diestra, elevada con gesto retador,
el cetro florecido de la clásica Roma;
a sus ojos brillantes el porvenir se asoma.
Este Hércules mancebo no se rendirá a Onfalia,
y ved como sonrie.. ¡La sonrisa de Italia!

Huéspedes traidores

A Fernando Serrano

Visitante importuno, huésped mal encarado,
¿porqué no me avisaste tu presencia y visita?
Como ladrón nocturno en mi alma has entrado:
un dolor más me hiere, me desvela y me agita...

Un dolor más ¡oh cielos!, no sé donde alojarlo,
que la casa está llena de huéspedes traidores...
Y no puedo tampoco de mi hogar expulsarlo;
la víctima robada sonríe a los malhechores...

Entraron con cautela, y de pronto me hirieron.
Yo no sé quien los trajo... Quizás sería el Destino...
Pero desde la hora nefasta en que vinieron,
hay en cada aposento un cobarde asesino.

XII

El rayo vencido

Napoleón Bonaparte está sobre una cumbre
abrupta, inaccesible; y está como quien es...
El rayo desde abajo viene a herirle furioso,
pero, débil, se embota y se apaga a sus pies...

Hugo vió así al coloso, señor de las alturas,
desafiando y venciendo la enemistad del rayo;
más ardiente que el odio, más duro que la guerra,
mientras cae su enemigo en un mortal desmayo.

Yo no soy Bonaparte, no estoy en una cima;
pero también el rayo me busca y no me encuentra...
Cansado de buscarme, se ha tendido a mis plantas;
llega hasta mi retiro, me amenaza, y no entra.

Nidos vacíos

Cantaba un pajarillo su canción mañanera,
y enmudeció de pronto: ya no pudo cantar...!
le rompió la garganta la nota postrimera...
Se acabaron los trinos; sólo se oyó llorar...

Las otras avecillas huyeron espantadas,
emprendieron el vuelo sin saber donde ir;
dando vueltas y vueltas, presentían aterradas
el terrible misterio: nacer para morir.

* * *

La cuna está vacía: un nido abandonado
que el calor aún conserva del pájaro que huyó...

En torno de la cuna aquel ángel fugado
dejó un fulgor celeste y una vida tronchó.

La vida de la madre que llora sin consuelo
inmóvil cual la estatua de la desolación,
y al dirigir sus ojos y sus preces al cielo
¡siente que es otro nido vacío su corazón!

XIV

Vivir, soñar...

Todo lo que vivimos lo soñamos;
todo lo que soñamos, lo vivimos...
Si la vida es soñar, soñando fuimos
dichosos, pues gozamos lo que amamos.

Y en el sueño cambiante de la vida,
vamos tejiendo nuestra red de sueños
con frágil hilo de oro... ¡Clavileños
fijos siempre en el punto de partida!

No te perdones

Si quieres ser, como me dices, bueno,
procura recordar que fuiste malo:
no hay regeneración sin retroceso
de la memoria en el remordimiento...
¡Agita el agua muerta del pasado!

Analiza tu culpa; házla presente,
trae a juicio los hechos del sumario.
Eres reo: no quieras defenderte,
que tu causa no puede sobreserse.
¡Si te perdonas, serás condenado!

XVI

La vírgen Música

Para Don Bernardino Valle Chinestra

(Música que habla a la estrella)

Todos los puros anhelos
tienen expresión en ella,
la armonía, el arte bella
que se cultiva en los cielos...
¡Música hablando a la estrella!

—

Vírgen consagrada a Dios,
en éxtasis se arrodilla,
y su frente sin manchilla
no se nubla ni se humilla...

—

En arrobos celestiales,
en raptos espirituales,
en trasportes inmortales
¡va de lo absoluto en pos!

—

¿Llora? Nos hace llorar.
¿Gime? Nos hace gemir.
¿Rie? Nos hace reír.

¿Canta? Nos hace cantar.
Pero su llanto
de desencanto,
nos dulcifica,
nos plenifica...

Si padece, nos consuela
de nuestros propios dolores,
alivia sus sinsabores
sollozando, y nos desvela...
Y si ríe, es que se olvida
de que sufre, y al cantar
nos quiere hacer olvidar
las miserias de la vida.
Arrodillada
y extasiada,
da su corazón
en su oración...

¡Lo ideal!
Doncella que mira al cielo
a través de un blanco velo
de vestal.

¡Lo ideal en lo real!
Ruego de los condenados
a los bienaventurados..
¡Renegación del mal!

XVII

¡Alma, déjame que huya!

Para Luís Doreste

Paso mi vida en un grito
de angustia, noche cerrada...
Alma mía desolada,
asómate al infinito...
El más claro lumínar
escoge entre las estrellas...
No. ¡Cómo todas son bellas,
es imposible acertar!...
Yo renuncio a la elección,
y tú renuncias y lloras;
alma, tú pides auroras,
yo te pido compasión...

Tú hallas la cárcel estrecha
en que penas y yo peno;
alma, yo quiero ser bueno,
y que me arranques la flecha
del dolor que me tortura;
tener paz, verte dichosa,
hacerte mi dulce esposa
en mi noche de amargura.
Pero te suplico en vano;
Díos es tu esposo, no yó;
te irás con quien te creó,
rechazarás a tu hermano...
¿Y soy tu hermano, alma mía?
¿Habla el cuerpo deleznable?
En el mundo miserable,
¿tiene el cuerpo primacía?
Tú eres todo, el cuerpo nada:
cieno, horrores, podredumbre...
Tú eres la celestre lumbre,
mi pobre alma desolada,
la voz con que hablo es la tuya;
al Cielo pide una estrella,
la más bella, la más bella...
¡Alma, déjame que huya!

XVIII

Acércate...

Quiero verte
conocerte,
comprenderte,
acércate...

Quiero oírte,
definirte,
describirte,
acércate...

Quiero hablarte,
analizarte,
desentrañarte,
acércate...

Quiero olerte
desvanecerte,
y absorverte...
acércate...

Quiero decirte
y advertirte:
¡has de morirte!
acércate...
Quiero buscarte,
interrogarte
y auscultarte,
acércate...
Quiero amarte,
y descubrirte,
y poseerte,
acércate...

XIX

Misterio...

Para Germán Bautista

Yo fui en busca de algo..
¿Qué buscaba?
Era un afán extraño...,
me llamaba
una voz misteriosa...
¿Quién me llamaba, lejos?
¿Qué me quería?
¿Estaba yo despierto?
¿Tal vez dormía?
Una voz angustiada...

¿Escuché la llamada
dentro de mí,
o fuera resonaba
y yo la oí,
esa voz poderosa
vibrante en mi conciencia,
un gran clamor,
la resonancia interna
de un dolor,
un ansia dolorosa
que el viento me traía,
tembloteando,
sin saber donde iba
transportando
la voz siempre llorosa?
¿Es un dolor ageno?
Yo no lo sé. .
¿Estoy ahora despierto?
¿Lo supondré?
¡Esa voz lacrimosa...!

XX

No puedo llorar

Señor, la inquieta risa
que es don de los mortales,
y otrora de los dioses
desarrugaba el ceño,
¿porqué no me la das?

Y la amable sonrisa
que, rosa delicada,
florece en tantos labios
y aclara tantos rostros,
¿porqué me niegas ya?

Señor, y el don de lágrimas,
que es privilegio humano,
válvula de la pena
y alivio del dolor,
¿también me negarás?

La oración de la infancia

Lo arriesgó todo, y todo lo perdió;
trató de huir, y no encontró salida,
náufrago, a la corriente se entregó;
miró el mundo con ojos de suicida.

Nadie, piadoso, acudiría a salvarle;
no le oía el cielo, le llamaba el mar,
el tedio de la vida iba a matarle,
y ni aún tenía el alivio de llorar...

Subió a una roca; sondeó el abismo,
venció del oleaje la atracción,
y luchando y triunfando de sí mismo,
recitó mentalmente una oración.

La oración que su madre decía
al dormirle en la dulce niñez:
dos palabras tan sólo:—¡Madre mía!
¡La de Dios y la suya a la vez!

El pino de Teror

Monarca venerable, no abduques tu corona;
eres como un abuelo herido por los años,
que envejeció sufriendo penas y desengaños,
y a quién ni el tiempo abate ni la vejez destrona.

Eres un rey, de aquellas épocas milenarias
en que los reyes eran cual gigantescos robles,
duros y resistentes, y sobre todo nobles,
buenos, justos y sabios, ¡virtudes legendarias!

Y en que los robles eran como reyes austeros,
amados de sus pueblos, símbolos de justicia;
¡el *guernikako arbola*, cuya savia nutricia
fecundó la Vasconia, la tierra de los fueros!

No te rindas ni abduques. No puedes abdicar;
la tradición te alienta y te mantiene en pié;
eres como la fuerza esencial de la fé,
que no puede tampoco morir ni renunciar.

No he sabido vivir...

A José Bethencourt Montesdeoca

Odio al mal bajo un cielo estrellado,
de fulgentes luceros tachonado:
pasión del bien que naciste conmigo,
tú me has salvado, pero me has matado,
y oye: ¡yo te perdono y te bendigo!

* * *

Mi pensamiento es un Judío Errante
del tiempo y del espacio: ayer, mañana,
hoy, siempre cara al sol, siempre adelante,
con sed divina y con tristeza humana.

He recorrido todas las alturas,
he sondeado todos los abismos,
he apurado todas las amarguras,
me han burlado todos los espejismos.

No he sabido vivir vida terrena:
mi ser de hombre a mi ideal inmoló...
Abro mi cárcel, rompo mi cadena,
¡y siempre solo, madre mía, solo!

MIS RUÍNAS

XXIV

Mis ruínas

Yo nací bajo un cielo de nubes peregrinas
que semejaban ruinas, negro, amenazador;
las rosas que he cortado me dieron sus espinas,
y me negaron, crueles, su esencia y su color...

En mi niñez mecieron mi cuna los dolores
de mi madre, cansada de sufrir y llorar,
y fueron como flores para mí sus amores,
violetas, pasionarias, cogidas de un altar..

Atormenté mis horas por abrir mis caminos
que las zarzas cerraron, y mi rumbo perdí;
tuve sueños humanos, tuve ensueños divinos,
y conocí a los hombres, y no me conocí...

Ni ellos me conocieron: ¿quién dijo conocer?
yo me desconocía, ciego para mí mismo,
pues lo que yo ignoraba, ¿quién lo había de saber?
La voz de mi inconsciencia me llamaba al abismo.

Esto ocurrió más tarde. Colmada ya mi vida,
era un tren de viajeros a punto de partir;
se humedeció de lágrimas aquella despedida,
en aquel largo viaje todos debían morir...

Los trituró la furia de un descarrilamiento,
el hambre de la Muerte a ninguno olvidó...;
¡quejas de moribundos perdidas en el viento,
un sálvese el que pueda, y nadie se salvó!

Murieron mis ensueños, ilusorios engaños;
¡idas mis ilusiones, nunca retornarán!
En vano las espero desde hace muchos años:
¡pájaros matutinos, no bien llegan se van!

Murieron los engendros de mi caballería,
los altos paladines, héroes de mi novela,
que copiaban los rasgos de mi fisonomía
y el brillo de sus armas daban a mi rodela.

Murieron como mueren los hijos de los dioses,
por demasiado nobles y demasiado bellos
en mocedad florida, con tormentos atroces.
Allí murieron todos y yo morí con ellos.

En medio de aquel caos un grito poderoso
venció del vocerío la horrenda confusión,
y herido mortalmente ¡oh mártir doloroso!
en la inmensa catástrofe murió mi corazón.

Conmigo va mi drama, gran drama del Destino;
dentro de mí lo oiréis gemir y sollozar,
como en el fondo hueco del caracol marino
se percibe la música quejumbrosa del mar...

Mis ruinas se custodian en mi interior santuario:
restos de mi hecatombe, pedazos de mí mismo,
cual se guardan los mundos huesos en el osario
donde les da su sombra la cruz del cristianismo.

Mi mundo se había hundido sin haberse formado;
yo me hundi con mi mundo, ¡desplome aterrador!,
y perdí para siempre todo lo que había amado,
y en pobre criatura se trocó el creador.

Lloro mi propio llanto, y el llanto de las cosas;
visto mi propio luto, y el luto de mis muertos.
Se abren ante mis pasos simas vertiginosas
al discurrir, sonámbulo, por los campos desiertos...

* * *

Viajero en penitencia, ¡desconfía de tus piés!
Caminas sin objeto, no sabes a qué aspiras;
pálido visionario, no sabes lo que ves;
contemplador de cumbres, te engaña lo que miras.

Locura de mi mente que en vuelos impetuosos
por gozar lo perfecto se orientaba hacia el mal;
locura de mis ojos que perseguían ansiosos
la forma irreprochable, la belleza inmortal...

Locura de mi oído que amaba la armonía;
locura de mi olfato que amaba los aromas
sutiles, lisonjeros, y no los percibía;
locura de mis manos que eran como palomas,
mensajeras de amor, echadas de los nidos!
Locura de mi boca que apetecía las mieles;
locura delirante de todos mis sentidos
al afán perfeptible de su ley siempre fieles.

Si ser cuerdo es tenderse sobre un nivel mediano,
sí ser loco es alzarse y querer lo mejor,
yo fui loco, y ahora me reconozco sano:
renunció a la quimera de un mundo superior.

Con banquetes de dioses pretendí regalarme,
en cálices de oro quise escanciar mi vino,
en trono de soberbia imaginé sentarme,
y emprendiéndolos todos, no encontré mi camino.

Extingue de mi incendio, Señor, la última llama,
empiece mi reposo y acabe mi castigo;
este desventurado que te negó, te ama.
Señor, yo voy a tí ¿Cuándo serás conmigo?

Canción de sepulturero

¡Cuantos he visto nacer!
¡Cuantos he visto morir!
Voy entre Ser y no Ser;
apenas sé distinguir
entre morir y vivir...

—
Grito de la juventud:
¡Vida, riqueza, salud!

Copla de sepulturero:
«¡El morir es lo primero!»

Mi barco ataúd

Para Francisco García y García

A merced de las olas en tumulto imponente,
y vestida de negro como inmenso ataúd,
arrastraba la nave la furiosa corriente;
en la nave sin rumbo iba mi juventud...

A la vez capitán, timonel, marinero,
sin presencia allí estaba el hombre que yo fui;
distanciada la costa, perdido el derrotero,
el naufragio mandaba en las olas y en mí...

Y ningún barco amigo en la extensión del mar,
y ningún salva-vidas a bordo, ¿para qué?
¡Si el ausente y el muerto no se habían de salvar!

Entre glaciales brumas mi barca zozobró,
como un corazón roto o un cerebro sin luz...
No había nadie en la nave, pero dentro iba yo...

Ha pasado el amor...

El amor ha pasado: lo anuncia un resplandor
que ilumina mi frente. Mis sueños de poeta,
nacidos en la calma de mi vida de asceta,
blanquean, se arrebolan, y todo dice: ¡Amor!

Ha pasado de prisa: rápido mensajero,
no aceptó los honores de mi hospitalidad,
y me saludó irónico: ¡adios, con Dios quedad!
¡Regresaré mañana, y os haré prisionero!...

Perdióse entre la niebla dorada del tramonto
encendiendo una aurora en el anochecer;
tardó sólo un segundo en desaparecer,
mientras yo le gritaba: ¡acuérdate! ¡ven pronto!

Desde entonces lo aguardo, y no vuelve, y me olvida...
Señaló mi vivienda: ¿quién borró la señal?
¿Sabe que aquí lo espero con un ansia mortal?
¿Sabe que, si me hiere, bendeciré la herida?

Mas si regresa tarde, muy tarde llegará.,
no seré yo quién coja el regalado fruto...
Está mi casa en ruinas, mi corazón de luto...
Cuando pase de nuevo, ya no me encontrará.

XXVIII

¿Yo fuí antes?...

Yo tengo un vago temor
de haber sido en otra edad
harto distinto y peor,
pero ignoro como fuí..
Pienso ahora en la vaguedad
de la vida que viví. .
¿Era entonces otro yo,
miembro de otra humanidad
que sin llevarme pasó?

Mi dolencia...

Al Doctor José Cabrera Medina

AFECTUOSAMENTE:

—¿Cuál es mi enfermedad, doctor? Me muero,
y sólo sé decir que estoy enfermo....

—Pues ninguna tan bien se diagnostica:
su cruel enfermedad se llama: Vida....

Porque ha pensado mucho, tiene fiebre;
porque ha sentido mucho, ya no duerme;
porque ha sufrido mucho, ve las cosas
no como son en sí, como las llora...

Y todo eso se llama neurastenia,
tempestad en los nervios, *Musa Negra*,
y todo se resume en dos palabras:
¡pobre hermano, no puedes con la carga!

X X X

El baile de David

Bailó David ante el arca
una danza peregrina;
al venturoso monarca
en la presencia divina
bailando, le idealizaba
su arte noble, su entusiasmo...
En aquel sagrado espasmo
sus pies por alas trocaba...
Fué un excelso bailarín
que superaba la danza;
tenía de Dios la privanza,
y bailó bien hasta el fin.
Hoy el que baila se olvida
de Dios, o muestra torpeza;
de los pies a la cabeza
le corre una sacudida
sensual, efecto nervioso;
le enardece el movimiento,
todo el Viejo Testamento
cae con él en un foso
de impudicia y de pecado;
las piernas se le alborotan,
sus sensaciones se agotan,
es un esclavo embriagado ..

XXXI

Esclavo de su culpa

César cayó bajo el puñal de Bruto:
pero Bruto, a su vez, esclavizado
por obra de su crimen, ya no pudo
vivir en paz. Y le insultó la esposa
de la víctima egregia, sollozando:
¡Tú que le diste libertad a Roma,
no te la diste a tí, y eres esclavo!

XXXII

Mi condena

Sin pena de destierro, el dolor me expatriaba
y sin pena de muerte, el tédio me mataba...
Los hombres me absolvían, y yo me condenaba;
la voz de la conciencia sin cesar me gritaba:
¡eres reo, eres víctima! ¡Cómo me atormentaba!
El mundo, indiferente, me miraba y pasaba...;
la vida era mi cómplice, y no me delataba.
Yo, con mis propias manos, que un gran terror crispaba,
en sueños, medio loco, mi sepultura ahondaba...

XXXIV

Resurrección del amor

El amor que murió en mí
siento que ha resucitado...;
vivo por haber amado;
Vuelvo a amar, y soy en tí.

—
¡Pobre de tí que no puedes conmigo resucitar!
Tu amor está embalsamado;
tu sepulcro está sellado...
Y dejaste de vivir cuando dejaste de amar.

X X X V

Llueve, está triste la Naturaleza;
lloro, mi corazón está angustiado.
Todo lo que he perdido y he llorado
me envuelve en una noche de tristeza.

Ruínas del pasado

Amontóné en mi interior
las ruínas de mi existencia:
el pasado muerto, ausencia,
caducidad e inclemencia,
¡qué dolor!

Campo yermo, solitario,
en que vagan sombras vanas,
que fueron formas humanas
y hoy son memorias lejanas...

¡Osario!

Un vuelo de aves sombrías
se cierne en el aire quieto;
asoma algún esqueleto
por la tierra mal sujeto...

¡Profecías!

Un punto he resucitado,
y ya me he vuelto a la fosa
insondable, pavorosa;
cae sobre mí la losa...

¡Sellado!

Ardiendo en el campo-santo
del ayer, llama postrera,
triste pero duradera,
que yo no quiero que muera...

¡Espanto!

Y sobre tanta pavesa
el alma pone un temblor,
un afán devorador,
a la vez renovador,

¡me pesa!

Me pesa de haber vivido,
porque no supe vivir;
tampoco sabré morir,
y sólo acierto a decir:

¡he sido!

El gran espejo

Para Juanito Rodríguez Yanez

Quise mirarme en el mar,
más triste que yo, y más viejo;
eran tan vasto el espejo,
y tan turbio al ondular,
que no me pude encontrar...

El coloso, su tristeza
me dió; también su vejez
de buen padre y de buen juez,
noble con toda nobleza,
grande con toda grandeza.

¡Encantada senectud
la de aquel recio patriarca,
mayor que todo monarca!
Lleno de su juventud,
temblé ante su magnitud.

Por ser fuerte, soberano,
su imperiosa compañía
me acrecentó la energía.
¡Gran abuelo el oceano,
¡jóven siempre, y tan anciano!

XXXVIII

La más fea

¡Triste suerte, triste suerte!
Habrá quién no me lo crea...
Yo bailo con la más fea,
porque bailo con la Muerte...

—
Cuando alguna vez bailé,
se deslizó entre mis brazos,
y al recibir sus abrazos,
como el mármol me quedé.

—
¡Vida triste, negra suerte!
Mal acompañado estoy:
adonde quiera que voy,
voy del brazo de la Muerte.

XXXIX

La Vénus negra

La Muerte con sus velos tenebrosos
es una Vénus negra: ¿quién resiste
al sombrío misterio que la viste
de luto, a sus mandatos imperiosos?
Es una Vénus negra: un amor triste
que florece en espasmos temerosos
y aborta en mil caprichos voluptuosos;
y, sin embargo, *es lo mejor que existe.*

¡Torres de Catedral!

¡Torres de catedral, atronadoras
en vuestro llamamiento, inaccesibles,
en vuestra elevación, evocadoras
de visiones de paz indefinibles!

¡Torres de catedral, torres viajeras
que audaces pretendéis subir al cielo,
sóis como remontadas mensajeras
de paz y amor en vuestro inmóvil vuelo!

¡Torres de catedral, estando quietas
queréis correr, volar al infinito;
tenéis la austeridad de los ascetas,
cuando rezáis rezáis a voz en grito!

¡Místicos Clavileños, a la altura
lleva vuestra quietud nuestro mensaje...;
la campana es la voz de la criatura,
tan lejos va que nunca rinde el viaje!

X L I

Fuego bajo las cenizas...

El tiempo apagó mi incendio,
ya sólo quedan cenizas...
¡Vuelva, no obstante, el bombero,
que todavía saltan chispas!

XLII

La niña ha muerto...

Ya le dijiste adiós a tu muñeca,
lágrimas te costó la despedida;
estás ante el enigma de la vida,
y tu infancia murió, ¡pobre flor seca!
Sales del paraíso: te lo advierto.
Vas a entrar en el reino del pecado:
¡qué pronto del buen sueño has despertado!
Ya nació la mujer: la niña ha muerto.

¿Dónde están?

Lo que quise y perseguí,
y en ninguna parte hallé;
lo que conquisté y perdí,
¿dónde está?

Lo que me dió la fortuna,
y al instante me quitó;
lo que ví desde la cuna,
y al punto se disipó,
¿dónde está?

Lo que amó la mocedad,
proyectos que no logré,
sueños de felicidad
y visiones de la fé,
¿dónde está?

Lo que, cansado, vencido,
por propia esperanza sé,
y lo que, ya anochecido,
entre tinieblas se vé...,
¿dónde está?

XLIV

El río del tiempo

¡Curso vertiginoso de los años tan lentos
en su fuga de locos, corriendo tan veloces!
Nos matas y nos llevas, no sabemos adonde...
El Tiempo es un gran río arrastrando cadáveres. .

XLV

Amor tardío

Quién ama en el invierno de la vida
enciende fuego en un ambiente frío;
sufre con los dolores de su herida,
en la tristeza de la despedida
las acideces de un amor tardío.

XLVI

La feminidad de la brisa

La brisa tiene un femenino encanto,
¡tan frívola y coqueta!
Si murmura, su voz es como un canto,
y jamás se está quieta.

XLVII

¡A morir!

Cansado de caminar
y cansado de sufrir,
dice el viajero: ¡a morir!
¡es hora de descansar!
Ya llegó el trance postrero:
¡Dios lo quiere, y yo lo quiero!

XLVIII

Ni he ganado, ni he perdido

A mí no me importa nada
ser o no ser, pues he sido.
Intensamente he existido;
al final de la jornada
ni he ganado ni he perdido.

XLIX

Poeta que nada dice, rima al azar y no crea:
la palabra es una esclava al servicio de la idea.

L

La caza del adjetivo

Yo perseguí un adjetivo,
y quise hacerle cautivo.

A fuerza de perseguirle
logré cansarle y rendirle.

Fué una guerra tenebrosa,
una captura insidiosa.

Cuando por fin le di alcance,
quedé agotado del trance.

Y el adjetivo en derrota
puso en mi verso su nota.

Una nota musical,
grata armonía verbal.

El adjetivo cantó
muy bien, y me conmovió.

LI

Mi papel en el sainete

Mi papel en el sainete
del mundo, me satisface:
Consta de una sola frase
burlesca: ¡míralo, y vete!

Si Cristo volviera...

Si hoy Cristo volviera al templo,
¿de qué nos valdría su ejemplo?
Las virtudes teologales
son dones extra-legales.
Y la ley que las destierra
le da el imperio en la tierra
al diablo, o lo que es lo mismo,
a su agente: el egoísmo.
Hacen farsa los farsantes,
los católicos danzantes;
bailan al son que les tocan
los diocesillos que invocan:
la nueva mitología,
Olimpo de sacristía.

LIII

Ojos abiertos...

Ojos abiertos en el firmamento,
¿no os cansáis de mirar?
Ojos curiosos que me véis pasar,
¡contemplad mi tormento!

No se puede vivir...

La vida en las ciudades
es vida en avisperos:
exceso de trabajo,
exceso de tristeza
y exceso de dolor...
La vida ciudadana no se puede vivir.

El que en el campo vive
se acerca demasiado
a la madre Natura
que es la madre común,
y odia lo natural...
La vida campesina no se puede vivir.

La vida en poblaciones
de intenso movimiento
aturde y vuelve loco;
es vértigo que ciega,
epidemia, contagio...
¿Habrà vida en la tierra que se pueda vivir?

Los irredimibles

(Al cultísimo sacerdote Don José García Ortega)

El mundo está para el amor cerrado,
el mundo está para Jesús dormido...
Irredento, después de redimido,
borra las huellas del Crucificado.

—

Por caminos oscuros y desiertos
marchan hacia el Calvario los sayones,
la turba de enconados centuriones
que ayudan a morir estando muertos...

—

Guardianes del Sepulcro, se enterraron,
y la muerte los hizo prisioneros:
perecieron por ser precederos,
al tercer día no resucitaron...

—

Y el signo augusto de la Redención,
esa trágica cruz desarbolada,
ven cual bandera que desciende arriada
mientras se cumple la Resurrección.

En la muerte de Luis Millares

Toda agonía es trágica porque descorre el velo
de la verdad eterna, y de la patria ideal;
toda agonía es trágica porque es punto final
de una vida llorosa y aspiración a un cielo...

Una gloria invisible, entonces perceptible
para el inmenso alcance de la última visión;
un cielo que es el bálsamo de la consolución,
el milagro esperado en la hora terrible...

Tú, ejemplo de virtudes, noble alma viajera,
¿qué viste más allá de ese morir viviendo?
¿Libertarte un espíritu, forma percedera?

¿O no eres más que forma, es decir no eres nada?
¿Cuándo caduca el plazo de este vivir muriendo,
llamará la agonía a una puerta cerrada?

"Alonso Quesada"

Tuviste sed, y nunca la saciaste,
el agua es un milagro en el desierto...
Tu barco naufragó dentro del puerto,
avistando la tierra que soñaste...

En tu lecho de espinas deliraban
tus ensueños, dolores visionarios...
¡Cómo las luces de los tenebrarios,
apenas encendidos se apagaban!

¡La sed te devoró, pobre sediento!
Soñar, sufrir, vivir, todo es lo mismo,
y todo acaba en el postrer aliento...

La Muerte te dió un beso una mañana;
mas, compasiva, antes de hacerte suyo,
llevó a tu lado a la Samaritana.

LVIII

Campo de batalla...

Los muertos son los ausentes
en un perpétuo destierro,
y los vivos, los presentes
que matan a fuego y hierro...

Al que no matan le hieren,
al herido no le curan;
los desertores procuran
salvars ehaciendo que mueren...

Y se arrolla a los caídos,
se deja a los expirantes
morir solos, cuanto antes
mejor, ¡ay de los vencidos!

Con la fama que cosechan
se aventajan los osados;
son los mejores soldados
los que el botín aprovechan.

La Caridad, emisaria
de amor, siempre llega tarde,
cual débil llama que arde
en la noche, solitaria...

¡Y en esta guerra crúel
que es en resúmen la vida,
no se perdona *la huida*,
y a nadie se da cuartel!

La agonía del Otoño

Otoño se despoja lentamente;
ensimismado y mudo,
y pálido y desnudo,
tiene la gracia de un adolescente.

Está enfermo. Su rostro demacrado
un rictus doloroso
contrae; es muy hermoso,
y ve llegar la muerte resignado.

Hay no sé qué dulzura en su agonía;
su desfallecimiento
es el descendimiento
del Sol que muere al espirar el día
ensangrentando el cielo vespertino;
su intensa palidez
manchada de cojez,
blancura de hostia que salpica el vino,

le da aspecto de tísico romántico;
sus nerviosos temblores
parecen estertores,
y su último suspiro será cántico.

¡Un bel morir tutta una vitta onora!

La muerte deseada
es la muerte amada;
amiga fiel, y buena cumplidora...

Como pájaro que huye mal herido
por traidora saeta,
y su dolor aquieta
volando lejos de la paz del nido,

así ese pobre jóven moribundo,
cubriendo sus heridas
con hojas desprendidas
de la mística floresta, huye del mundo.

El Arroyo de las Lágrimas

Con el llanto de las madres
que iban al monte a llorar,
al fin se llegó a formar
el Arroyo de las Lágrimas.

Un arroyo en que corrían
goterones como perlas
cristalinas; a beberlas
subía al cerro de las Animas

la gente de los contornos...
Tenía virtud aquel llanto,
¡era tan puro y tan santo!,
de regenerar las almas.

Bebiéndola hasta la hartura
calmó su sed insaciable
un seductor miserable,
héroe de tristes hazañas.

¡Oh prodigio! Le ablandó
la roca del corazón,
y de regeneración
muestras empezó a dar claras...

Pues cuando se alzó de allí,
lloraba desconsolado:
¡él, que nunca había llorado,
ni sabía lo que eran lágrimas!

Así murió un poeta...

... Y cayó una memoria en el mar del olvido,
como cae una piedra en el fondo de un lago:
leves ondas concéntricas, temblor desvanecido,
palpitación del agua, suave como un halago...
Después, la superficie torna a quedar tranquila;
ya los besos del céfiro apenas la conmueven;
los juncos de la margen blandamente se mueven;
el vulgo de las nubes, tumultuoso, desfila
proyectando sus sombras en aquel claro espejo...;
se cumplió la sentencia, el misterio del fondo
se nos hará invisible por demasiado hondo...
¡Así murió un poeta que se había vuelto viejo!

La mujer ideal

Díme quién soy...

Mujer que me fuiste humana,
y endulzaste mi dolor,
y me ofreciste la flor
de tu belleza temprana;

mujer, que al verme llorar
lloraste conmigo un día
y asociaste a mi agonía
tu piadoso sollozar;

mujer que ví en mi tormento
como el ángel de mi ayuda,
elocuente pero muda
imágen del sufrimiento;

mujer, que en tu corazón
diste asilo a mi tristeza,
tal como una fortaleza
siente una crucifixión;

mujer, que para mí fuíste
Samaritana, Verónica,
María Magdalena, Mónica;
que amaste y compadeciste...;

mujer, que trocaste en huerto
mi devastado jardín,
y dando a mi vida un fin
un vivo hiciste de un muerto;

mujer, hija, madre, hermana,
amante, musa y esposa;
sometida e imperiosa;
sierva humilde, y soberana;

mujer, ni joven ni vieja,
más singular que bonita;
complicación infinita,
luz propia y también refleja;

mujer que no tienes nombre,
¿te llamaré Caridad?
Tu amor es inmensidad
de humanismo, Mujer-Hombre;

mujer, que siéndolo todo,
te empeñas en no ser nada;
que descubierta, o velada,
o ausente, de cualquier modo,
vas conmigo a donde voy:
sí no me dices quién eres,
si decírmelo no quieres,
díme a lo menos quién soy...

Aquella noche...

Yo estaba descubierto aquella noche fría
en que del infinito un gran soplo venía;
todas las cosas eran más bellas en la sombra,
bajo mis pies crugían las hojas otoñales,
a compás de mis pasos visiones espectrales
se deslizaban leves sobre la blanda alfombra...

Plata de mis cabellos húmedos de rocío
brillaba en las tinieblas con un fulgor sombrío,
y lloraban mis ojos un llanto inmotivado,
un torrente de lágrimas que en silencio fluía;
el pasado, insepulto, me hablaba y revivía,
sin pena de destierro yo estaba desterrado.

No sabía adonde iba huyendo de mí mismo,
noctámbulo viajero que corría hacia el abismo;
mi corazón temblaba como una flor marchita
que se deshoja y cae en la calma nocturna;
el bosque pavoroso era una inmensa urna
cerrada por la noche, una noche bendita.

Traía el aire en sus giros mil perfumes sutiles,
me sabían sus caricias a besos infantiles;
el tiempo no existía para mí: en un segundo
que borró de los años las heridas e injurias
y concentró la vida de cuarenta centurias,
¡me aplastó, formidable, todo el peso del mundo!

El viento del Espíritu al pasar me doblaba
y veloz, sin herirme, consigo me llevaba;
en aquel terror mudo de ansiedad expectante
una voz elevóse ungida de dulzura,
y me dijo la Muerte, con maternal ternura:
Ven, te esperan mis brazos. ¡Hijo mío, adelante!

La rosa más bella

Alicia tenía el brillo siniestro del pecado
y el fatal atractivo del placer condenado...
La mancha de su boca era una flor sangrienta
con dos pétalos rojos incitantes al beso;
todo en ella decía redundancia y exceso,
provocación que irrita, lujuria que atormenta.

Tenía el desbordamiento de la vida pletórica,
el lujo voluptuoso de la carne escultórica...
Ponía orgullosamente sobre todas las cosas
el culto de sí misma, su belleza pagana,
y cuando en los jardines reinaba soberana,
era la mejor rosa entre todas las rosas.

Ver y mirar

Cuentan de Lope de Vega
que antes de escribir un drama
habló así con una dama,
que a más de dama era ciega:

¿qué es lo que ves, pobrecita,
perdidas todas las huellas
en la noche sin estrellas
de tu ceguera infinita?

Y respondió la cuitada:
«por verlo todo veo a Dios,
decidme: ¿cual de los dos
tiene más larga mirada?»

Lope, atónito, calló,
meditando en lo que oía,
y dijo luego: «a fe mía,
sin duda ve más que yo.

He hallado un plan de tragedia
y lo sabré aprovechar,
porque entre ver y mirar
una gran distancia media.

Yo veo a Dios, es verdad,
vivo en sus obras lo veo,
su poder admiro, y creo
en su divina bondad.

Ella sin mirar lo ve
en su visión interior,
y le alumbra el resplandor
de la hoguera de la fe.

¿Se apaga? De ningún modo,
su fe no tiene reniegos;
envidia me dan los ciegos
que sin mirar lo ven todo.»

Tu Dios no es el mío

Tú, que hablas de perdón, no perdonaste
al hombre que te hirió porque te amaba,
y cuando tu clemencia suplicaba,
no le compadeciste, le insultaste...

—

Tu religión no es mas que desvarío
de mente enferma que en soñar se agota;
el triunfo de Jesús, en tí es derrota,
el Dios que falsificas no es el mío.

Estrellas erráticas

En esas noches claras
del verano ardoroso,
radiante como un horno,
en esas noches blancas
las estrellas erráticas
van a caer al fondo
del alma observadora...

Las atrae el abismo
del cielo; en él se pierden,
corren y se divierten,
loqueando como niños
dóciles a un instinto
que apenas se discierne,
¡una carrera loca!

El alma que las mira
con un amor fraterno,
las recibe en su seno...
Porque es su correría
símbolo de la vida,
y su inocente juego
alboroz a la sombra...

Estrellitas errantes
ya surgen, ya se ausentan,
ya tornan las ideas,
viajeras incansables
por rutas siderales...
¡Circulación eterna
en vagancia azarosa!

Respeto a las ruínas

Tres veces me arrodillé,
y rendí tres homenajes
a tres muertos que adoré:

un campo yermo, arrasado;
un árbol sin savia, fíxico;
un viejo templo arruinado...

¡Tres ruínas, tres decadencias
que son tres lamentaciones
y piden tres reverencias!

El viaje de la Fe

La Fe emprendió una vez un largo viaje
por naciones de rara extranjería;
iba sin servidumbre ni equipaje,
marchaba a tientas, nadie la seguía...

Vendada y sonriente como el niño
Amor, peregrinó de puerta en puerta
llamando a todas con igual cariño:
ninguna vió de par en par abierta.

Llegó por fin con paso silencioso
al dintel de un palacio esplendoroso,
quiso hospedarse, mas lo halló desierto:
el polvo del pasado lo ocupaba,
el único habitante que quedaba
allí, era un crucifijo, Jesús muerto...

El milagro de la Virgen

(Con motivo de la Fiesta de la Raza)

América dormía un sueño con visiones,
un sueño de doncella que presente el amor;
un sueño vigilado por las constelaciones;
un sueño en que el Espíritu llama al despertador.

En su cárcel inmensa, cerrada por los mares,
América, dormida, suspiraba: ¡ven ya!
y besaban su lecho destellos estelares,
y voces misteriosas le prometían: ¡jirá!

¿Qué esperaba la Virgen? Ella no lo sabía,
nunca saben las vírgenes lo que habrá de venir;
de las hondas entrañas un grito le subía,
y en aquel fuerte grito temblaba el porvenir...

América era un mundo siendo una nebulosa;
creada e increada, era el ser y el no ser.
había nacido libre, había nacido hermosa,
pero estaba *non nata*, no fué aquello nacer...

Los que, nacidos, viven, ensanchan su horizonte,
revelan su existencia, van siempre más allá...
Son como los viajeros que en la falda de un monte
miran hacia lo alto y exclaman: ¡allí está!

Allí está, vasta y múltiple, procelosa, la vida;
la bandera que ondea en las alas del viento,
el combate ganado, la batalla perdida,
y un punto remotísimo de luz: *el nacimiento*.

América en su noche se lamentaba a solas
henchida de los gérmenes de la fecundación;
atenta al balbuceo infantil de las olas,
¡imploraba el milagro de su renovación!

Y llegó un nuevo Génesis, el prodigio esperado,
el triunfo de la vida sobre el triunfo del mar;
a la Bella Durmiente se acercó el Deseado,
y por fin "vivió" América, y dejó de soñar...

Y palpité en su seno el amor que nacía,
diciendo al despertarla con el descubridor:
lo quieren Dios y España mi patrona, ¡eres mía!
Y la vírgen, despierta, amó al Despertador.

Mi viejo amigo...

Yo conocí un anciano en mi niñez
que para mí fué un padre bendecido;
me abrió su alma, niña en la vejez,
hizo las veces del que había perdido...

Mi juventud, una batalla breve,
bajo su amparo se fortaleció;
hoy, que es mi vida un huracán de nieve,
me acoge como siempre me acogió.

Su corteza rugosa es su coraza,
su copa siempre verde, su cimera;
soldado invicto de una fuerte raza,
jamás desplegó en vano su bandera...

Los vientos castigaron su osadía,
pero él domesticó a los huracanes;
aunque longevo, muestra todavía
su valor en batallas de titanes...

El buen amigo es un altivo roble,
un árbol gigantesco y patriarcal;
su edad respecto de la mía es doble,
¡oh mucho más que doble, inmemoria!

Y yo estoy viejo, y él es siempre niño,
acariciado por la primavera,
y soy yo quién lo mira con cariño
de abuelo en su pujanza duradera.

Aquellas visiones...

Cuando era un niño, mi mirada pura
abarcaba un espacio limitado,
el mundo fabuloso iluminado
por los sueños risueños de la infancia:
(los niños, al nacer, venían de Francia,
una nación quimérica y obscura).

Cuando fui joven dilató el paisaje
mental mi acalorada fantasía,
y percibí en incierta lejanía
el raudo vuelo de mis propias alas;
teji con hilo de oro mis escalas,
mas, viajero sin rumbo, perdí el viaje.

Viejo ya, voy marchando paso a paso
sin ver mas que la tierra y mi destierro;
al caminar no camino, me entierro...
¿Y de aquellas visiones matinales
de las primeras horas aurorales,
qué queda en la agonía del ocaso?

Reinado ilusorio

A Domingo Rivera

Hombre, todas las cosas de tu arbitrio dependen,
malas las hace o buenas tu voluntad, en suma...
¡Oh, no enturbies el agua, que ella ha nacido pura,
no entristezcas la vida, que ella ha nacido alegre!

Colabora en la obra de la naturaleza,
pero no la perviertas ni a tu antojo la ordenes,
sométete a su influjo, tómala por maestra
sino déjala libre, que ella es hermosa y fuerte.

Mas las cosas prosiguen su curso inalterable
aún después de alteradas por tí, que las dominas;
tu dominio es precario, no hay tal soberanía,
es mucho lo que quieres y es poco la que haces.

No bien empieza acaba tu reinado ilusorio;
eres como una piedra que arrastra la corriente,
sin lograr dominarla irás donde te lleve...
¡Tú ves la superficie, pero estás en el fondo!

Manchas solares

Tenía Alejandro en la frente
un estigma singular,
que era como un disco rojo
imposible de borrar.

Un día quiso quitárselo:
¡dále, estregar, estregar!
Sólo consiguió insistiendo
la rojez acrecentar.

La mancha era la más fuerte,
se llegó a desesperar;
hasta que dijo orgulloso:
¡Es una mancha solar!

¿Qué me importa tener manchas,
si manchado, he de brillar?
¡Quién me admira, que la admire,
y todos dejenla estar!

MI ODISEA DOLOROSA

Mi odisea dolorosa

Yo soy como me hicieron Naturaleza y Vida;
ellas tienen la culpa de mi infelicidad...
He buscado afanoso la tierra prometida,
y al divisar sus costas, me hirió la tempestad!

Me hirió, y hundió mi nave, una hermosa corbeta
toda blanca y alegre como una bendición;
llena con mis divinos ensueños de poeta,
protegida del viento, llamada *Anunciación*.

Anunciaba en su viaje por golfos agitados
el vuelo que emprendía mi ardiente juventud;
en aquellos parajes apenas explorados
gritaba, ébria de júbilo: ¡Salud, salud, salud!

Saludaba a la noche, saludaba a la aurora,
a la bonanza amiga y a la tormenta hostil,
al azul de los cielos en que Nuestra Señora
envuelve, su pureza, la torre de marfil...

Saludaba al peligro, saludaba a la brisa,
como besos de amante sus soplos recibiendo;
viajera dormilenta que al fin anda de prisa,
y empieza susurrando para acabar rugiendo...

Saludaba y burlaba la traición de las rocas,
de las sirtes malévolas, ataviadas de espuma;
las veía desde lejos como vírgenes locas,
lívidas, espectrales en medio de la bruma.

Saludaba en su tránsito a las raudas gaviotas,
que parecían traerle lisonjeros mensajes
de pueblos fabulosos y comarcas remotas,
de regiones antípodas y de tribus salvajes.

Saludaba a los peces menudos, saltarines,
plata viva, a las fieras y los mónstruos del mar;
a los grandes cetáceos, los graciosos delfines,
las algas que las olas se cansan de arrastrar...

Amaba a todo y todos: en raptos franciscanos
desahogaba a raudales su mística efusión;
aún los seres más viles le parecían hermanos;
llegó a decir un día: ¡hermano tiburón!

Surgían islas frondosas, inmensas esmeraldas,
paraísos perdidos en mares peligrosos;
montes eminentísimos nevados en las faldas,
continentes enormes, oscuros, misteriosos...

Los saludaba a todos, pero luego decía:
de las islas que encuentro no es la mía ninguna;
en donde, cuando y como encontraré la mía?
Pues que bien la merezco, ¡dámela ya, fortuna!

* * *

Hasta que una mañana de cielo despejado
con viento favorable, buen augurio y mar bella,
la Esperanza, viajera que aún no se había mostrado,
señaló un punto y dijo, conmovida: ¡Es aquella!

En el claro horizonte era una mancha oscura
que por momentos iba creciendo y acercándose;
era como el proceso vital de una criatura
que afirma su existencia haciéndose, formándose...

Si la nave corría, mi juventud volaba
deslumbrada de gloria y encendida de sol;
la ilusión en los ojos, en su mundo soñaba:
¡un éxtasis cristiano con orgullo español!

El buque, bien guiado, con firmeza orientado,
llevaba en su interior la divina templanza;
gobernando mi espíritu, por Dios iluminado,
iban la Caridad, y la Fe y la Esperanza...

Virtudes teologales, celestes conductoras,
toda la luz de abordó salía de sus miradas;
despedían al erguirse llamas deslumbradoras,
y aborrecían al sueño, estaban desveladas...

Hospitalarias voces llegaban de la tierra
que parecía moverse, a mi encuentro venir;
yo, como débil náufrago que a su tabla se aferra,
puse en un solo grito todo mi porvenir!

¿Abandonó el Altísimo el mando de la nave?
¿Fue arrastrada al naufragio por la fatalidad?
Lo que ocurriera entonces tan sólo Dios lo sabe...
¡Se salvó y me salvó la hermana Caridad!

Mas la Fe y la Esperanza se fueron al abismo,
y en la sima que abrieron al desaparecer,
se hundió lo que había sido la esencia de mí mismo;
¡lo que alentó mi vida, nunca volverá a ser!

Empezar por el fin

Ya no sé como acabar
lo que con fuga empecé...
Lo ví claro al comenzar,
y ahora, sin verlo, no sé
como habré de darle fin.

Quise hacer una tragedia,
su asunto me cautivó,
y se quedará en comedia
porque el plan me fracasó.
La empezaré por el fin.

Con risa de excepticismo
haré la última escena,
y de sentimentalismo
poca dosis, pero buena...
La empezaré por el fin.

Para que el público ría
he de olvidar que yo lloro;
la tragedia es sólo mía,
y la comedia, del coro...
La empezaré por el fin.

¡Aduéñate de mí!...

Señor, tú que pasaste serenísimo
sobre el calmado mar de Galilea,
pasa ya sobre mí.

Señor, tú que alumbraste los caminos
al pueblo que, sin vista, no te vió,
házte visible en mí.

Señor, tú que le diste en tu martirio
la redención, y no la supo ver,
entra, piadoso, en mí.

Señor, tú que en el cruento sacrificio
lo que era contra tí lo hiciste tuyo,
aduéñate de mí.

Señor, por quién Dios-padre está en Dios-hijo,
y el cielo baja a rescatar la tierra,
elévame hasta tí.

•••
¡Pasa, entra, Señor, házte visible,
levántame, y aduéñate de mí!

—
Te confieso, y te llamo,
y te busco, y te amo...

En cada estrella...

En cada estrella que mis ojos miran,
he puesto una esperanza;
busco en su lontananza
las cosas que me admiran
y que mi amor no alcanza.

Así va por los cielos el pensamiento mío
llevando a cada estrella
enigmática y bella,
su extraño desvarío
sin encontrar aquella

que iluminó mi hogar una mañana,
en que la Primavera,
esa maga hechicera,
llamando a mi ventana
dijo: ¡soy extranjera!

Aqua admirabilis

—Hermana Agua, ¿dónde te encaminas
por este gran desierto
erizado de espinas,
en que todo está muerto?
—Tú que me lo preguntas, ¿no adivinas?
Voy muy lejos hermano;
mis ondas cristalinas
que acarician tu mano
llevaré hasta las ruínas
de tu templo interior;
de tus cumbres alpinas
el frío asolador
templarán, y en tus minas
cegadas entraré...
Mis promesas divinas
acógelas con fe.
Hermano, ¿no imaginas?...
Voy a purificarte:
voy a regenerarte.

L X X X

La caridad de los astros

El cuerpo de un ahorcado
quedó en la horca pendiente,
tan feo y desfigurado,
tan livido y repelente
que un chico gritó asustado
¡socorro! y toda la gente
huyó del ajusticiado.
Pero en la tarde muriente,
sobre el cadáver colgado
un rayo desfalleciente
del Sol que se había ocultado
y se mostró de repente,
vino a caer desmayado
y lo besó dulcemente.
Y el gentío desbandado
huyó veloz cual torrente
hacia el próximo poblado
sin ver el astro clemente,
viendo sólo al condenado,
¡aquel despojo imponente!

El Sol, el fuego sagrado,
la caridad renaciente,
ya en su camino avanzado,
se hizo visible y presente;
y cuando se hubo ausentado
tras los montes de Occidente,
el lucero bien amado,
Vénus, tembló fuertemente
y besó al abandonado.

Mis versos son yo mismo...

Mis versos son yo mismo florecido y cantado:
 canto y flor invernales;
 rachas de vendavales
 que han barrido el desierto de mi alma,
 y hacen temblar mi pluma;
 revuelta, hirviente espuma
 que el dolor de vivir trajo a mi boca;
 heridas de puñales,
 ofrendas a ideales..
 Quejas de enfermo, náufrago y vencido,
 a quién la vida abruma
 y al final cuenta y suma.

Al sumar y contar, yerro la suma, pierdo la cuenta,
 que es perder la memoria
 y no escribir la historia.
 Me escapo del presente y me hundo en el pasado,
 que me llama y advierte;
 en sombra me convierte.

La noche me desnuda para el último sueño,
un tránsito sin gloria,
fin de la vanagloria.
Me abrazo a mi dolor, que es mi verdugo
y ahora está inerte...
¡Callad! No se despierte!

Primero, Dulcinea

Cansado de vagar por los caminos
tristes y polvorientos de Castilla,
Quijano, caballero sin mancilla,
señor de hidalgos, rey de peregrinos,
llegó a una venta que juzgó castillo.
Llamó furioso, y acudió el ventero,
y le dijo:—¡Pasad, buen caballero,
ante vuestra grandeza me arrodillo!
Con grave, reposado continente,
avanzó don Quijote y, cortesmente,
dijole al fementido castellano:
¿Queréis honrarme y festejarme? Sea.
Acepto tal merced de vuestra mano;
pero que entre primero Dulcinea.

Sancho, cuadrúpedo

Cervantes no lo dice, pero es cierto:
con Don Quijote tuvo Sancho Panza,
que era hombre de provecho y de templanza,
esta conversación en un desierto
camino de la histórica Castilla:
Señor, aquí se allega Dulcinea;
vuestra merced afirma que no es fea,
y a mí no me parece maravilla
la que desde temprano os sorbió el seso,
el poco seso que os cupiera en suerte...
A ella acudís en cualquier trance fuerte,
y loco soís, porque no hay nada de eso...
¿Cómo que no? replica Don Quijote;
mira bien, Sancho, acércate a mi dama,
verás que se quedó corta la fama,
pues su beldad requiere el estambrote...
No cede Sancho, Don Quijote insiste;
suelta la carcajada el escudero,
y se aproxima al noble caballero,
que le contempla con mirada triste.

Señor, es una horrenda criatura,
torna a decir; cabalga en su pollina,
¡Buen rejo debe tener la indina,
mas yo prefiero su cabalgadura!
Y el buen hidalgo, ya fuera de quicio,
"Sancho, te has de poner en cuatro patas,
grita con furia, y has de andar a gatas,
hasta que el cielo te devuelva el juicio".

¡TANTAS COSAS AMADAS!

¡Tantas cosas amadas...!

Para Montiano Placeres

Escenas del pasado que el amor hace actuales;
hojas secas prensadas entre páginas muertas
del libro de la vida escrito y ya borrado;
tesoros de arca santa, misterios de santuario...
¡Tantas cosas amadas que el tiempo hace brillar!

El tiempo las aleja, pero las embellece;
la memoria las guarda, pero les da esplendor;
en las horas serenas de las meditaciones
concentradas, renacen, y es llama su ceniza...
¡Tantas cosas amadas que el tiempo hace brillar!

Removed esos troncos que parecen extintos;
soplad sobre esas brasas, pupilas moribundas,
poned en vuestros labios el alma encendedora...
¡Veréis como renace lo que jamás murió...!
¡Tantas cosas amadas que el tiempo hace brillar!

Las lágrimas primeras lloradas en la infancia
por el primer capricho en el primer ensueño:
la luna apetecida como frágil juguete...
¡Aquellas lagrimitas; más bien aquellas perlas!
¡Tantas cosas amadas que el tiempo hace brillar!

La pureza divina del beso de la madre;
la canción de la cuna, el lánguido *arroró*;
los cuentos inventados por la ilusa nodriza,
la bruja con la escoba y el viejo con el saco...
¡Tantas cosas amadas que el tiempo hace brillar!

La llamada solemne de la primera misa,
que inatentos oímos sin saber que la oímos,
mientras Ella, bajito, nos decía: ¡persígnate!
¡La Madre, que llevaba la antorcha de la fe!
¡Tantas cosas amadas que el tiempo hace brillar!

¡Mañana blanca y pura, semejante a una hostia,
aquella iluminada por todos los fulgores,
aquella embalsamada con todos los perfumes,
mañana indescriptible, primera comunión!
¡Tantas cosas amadas que el tiempo hace brillar!

El encanto del día en que nos dió la abuela
un caballo de palo entre blandas caricias,
y aquél otro soleado, triunfal, esplendoroso,
en que lucir pudimos el primer pantalón...
¡Tantas cosas amadas que el tiempo hace brillar!

El ingreso en la escuela llorando amargamente,
y, al salir de la jaula, el desbande y el júbilo;
la voz aterradora del maestro furioso,
y las invocaciones al Cristo del estrado...
¡Tantas cosas amadas que el tiempo hace brillar!

Las riñas infantiles, el robo de la fruta
en el cercado ajeno, la primera función
de teatro, el gracioso y la primera dama
vertiendo su malicia sobre nuestra inocencia...
¡Tantas cosas amenas que el tiempo hace brillar!

El primer apetito genésico, la hembra,
que nos llama y deslumbra como una tentación...
Y luego el desengaño, la fatiga, el hastío...
La víbora en el pecho, la visión del abismo...
¡Tantas cosas perversas que el tiempo hace brillar!

Y la primera cita con la mujer amada,
y la primera fuga en pos de un ideal,
y en el primer obstáculo la primer caída,
y en la caída primera un punzante dolor!...
¡Tantas cosas pasadas que el tiempo hace brillar!

El primer viaje lejos, en busca de reposo,
que no encontramos nunca sino en la muerte al fin,
y los primeros versos que escribimos soñando,
y el traje de Pierrot de un primer Carnaval!
¡Tantas cosas amables que el tiempo hace brillar!

Las pruebas y las luchas de nuestra juventud,
los goces, tan medidos, las penas, tan copiosas,
el placer de sentirnos fuertes para el asalto,
la vocación que llega, y vamos a escribir...
¡Tantas cosas lejanas que el tiempo hace brillar!

Aquellas aventuras de caballero andante,
las carreras de loco por campos de quimera,
en una bestia loca como yo... ¡mucho más!
el pegaso espantado de la imaginación...
¡Tantas cosas soñadas que el tiempo hace brillar!

Y llenándolo todo como el sol providente,
que no nos abandona, y vuelve cada día,
hablándonos de Dios que "fizo toda cosa",
la Madre, imagen viva de la madre de Dios!
¡Imagen adorada que el tiempo hace brillar!

Al morir Ella, el reino de tinieblas, la nada,
el anochecimiento interior, la agonía,
derrumbes de catástrofe, ruínas de terremoto,
el adiós a la vida, la cruz hecha pedazos!..
¡Tantas fechas luctuosas que el tiempo hace llorar!

¡Gethsemaní!

¡Gethsemaní, Gethsemaní, han pasado
los siglos por tu escena desnudándote,
y ya estabas desnudo; devastándote,
Gethsemaní, y ya estabas devastado!

Tus olivos son árboles llorosos
que tienen torcimientos de agonía;
al desamparo de su sombra fría
sólo crecen los cactus espinosos,

cilicios de la trágica Judea;
tu triste desnudez vistió de gracia
nuestro pecado y nuestra contumacia,
el amor redentor dijo: ¡así sea!

Cristo trasudó sangre en tu escenario,
que vacío y sin luz su gloria llena
(gloria de Dios en mezquindad terrena);
tú fuiste la antesala del Calvario

y recibiste el beso de Izcarote
al par de Jesucristo, y lo guardaste
indeleble; por siempre te quedaste
estéril, dolorido del azote...

Azote fué, el primero y el más fuerte:
Cristo amó en Judas la verdad donada
como el sembrador a la tierra sembrada;
Judas en pago lo entregó a la Muerte...

—
Mirad al Hombre en la oración del Huerto;
lo humano pide protección divina,
manso cordero la cabeza inclina,
en torno de Jesús todo se ha muerto...

—
El crimen se aproxima lentamente,
la traición va a saltar como una fiera
con el salto feroz de la pantera
sobre Jesús, la víctima inocente...

—
Pero la Caridad baja del cielo;
se sonríe la lívida mañana,
y vistiendo belleza sobrehumana
un angel llega en silencioso vuelo...

—
¡Hora del sacrificio y de la afrenta!
Jesús apuró el cáliz de amargura:
de cada gota de su sangre pura,
brotó una rosa de pasión, sangrienta...

—
¡Gethsemaní, Gethsemaní, han pasado
los siglos por tu escena desnudándote,
y ya estabas desnudo; devastándote,
Gethsemaní, y ya estabas devastado!

LXXXVII

Díme quién soy...

Mujer que me fuiste humana,
que aplacaste mi dolor
y me ofreciste la flor
de tu belleza lozana;
mujer, que al ver mi tormento
lloraste conmigo un día
y mezclaste a mi agonía
tu piedad y tu lamento;
mujer, que para mí fuiste
Samaritana, Verónica,
María Magdalena, Mónica,
que amaste y compadeciste...;
mujer, que siéndolo todo,
aseguras no ser nada;
que descubierta o velada,
o ausente, de cualquier modo,
vas conmigo a donde voy:
si no me dices quién eres,
si decírmelo no quieres,
¡díme a lo menos quien soy!

¡Amor! ¡Amor!

La sombra se estremece dulcemente
en la paz de la noche, y las estrellas
pálidas de emoción, vírgenes bellas
ven pasar el Amor omnipotente...

De cumbre en cumbre el Eco, que despierta,
repite una sublime melodía,
la música de un beso, una elegía
en un idilio, y va gritando ¡alerta!

Desde la choza humilde hasta el palacio
lleva la brisa un hálito de fuego,
todo lo inflama, se acabó el sosiego:
¡es que el Amor atravesó el espacio!

¡Ten piedad de mí!

Entró la Primavera, engalanada
con su traje de fiesta, sonriendo
a todos, bendiciendo y prometiendo;
bella, feliz, propicia como un hada...
¡Oh, ten piedad de mí! Me estoy muriendo..

X C

Nostalgia...

Cuando alegre volvió la Primavera
los árboles del bosque renacieron
y del jardín las rosas florecieron...
Mas al dolor vencida, una palmera,
de nostalgia murió. ¡Pobre extranjera!

Voltaire en Ferney

Filósofo risueño ante la vida,
Voltaire en su palacio de Ferney
tenía la alegre magestad de un rey
que se divierte y el reinado olvida.

Pero en cierta ocasión vagaba triste
por la orilla del lago ginebrino,
y oyó la voz amarga del destino
que le advertía: "¡No eres nada, fuiste!"

Y volvió a su refugio meditando
en el mayor dolor, el de ser viejo,
el surco de su olímpico entrecejo
fué cicatriz, y regresó llorando...

Niña, que amas el amor...

Niña, que amas el amor
sin conocer lo que amas:
ves de un incendio las llamas,
te atrae su resplandor...

No te acerques: desde lejos,
antes que llegue tu hora,
como radiación de aurora
te iluminan sus reflejos.

En la luz quema sus alas
la mariposa, sin tino;
mas el pudor femenino
espera haciendo antesalas.

Tu casa se incendiará
y bendecirás al fuego;
Amor, como es niño ciego,
junto contigo arderá...

Y cuando desatinada
de espanto y gozo a la vez,
sientas la dulce embriaguez
de sentirte enamorada,

piensa en él, pero no en ti;
entrega tu corazón
en sencilla adoración,
dálo todo al dar el sí...

Enciende tu altar mayor
y sé nada más que amante:
Amor que es buen comerciante,
a mi juicio no es amor.

La Libertad, prisionera

La Libertad, prisionera
dolióse de haber nacido,
gimiendo:— ¡Soy extranjera!
y nadie me ha conocido!

XCIV

Fuerzas enemigas

Sobre la tierra abrasada,
bajo el cielo vespertino,
se me borró mi camino,
y todo se me hizo nada.

Llamé al cielo, no me oyó;
me fué enemiga la tierra,
sentí galopar la guerra,
y el viento me castigó...

Buscando dentro de mí
más tarde, lo que no hallé
fuera, dentro lo encontré;
omnipotente me ví...

Porque quiero vivir...

Quiero vivir, aunque me mate el mundo;
ensanchar quiero la tremenda herida
y apurar la ponzoña de la vida,
porque la vida es un dolor fecundo.

Porque quiero morir..

Quiero morir porque la muerte es bella,
siendo horrorosa. Para ser amada,
necesita ofrecerse disfrazada;
y yo la amo, y voy huyendo della...

Los animales parlantes

Sintiendo ya la cuchilla
en la garganta un cordero,
dijo llorando: me humilla
temblar, pero yo me muero
de pensar que he de morir...
Así renuncio a vivir...

—
Y todos los animales
no bien a hablar aprendieron
como seres racionales,
todos a una dijeron
en su lengua mal sabida:
¡triste vida, triste vida!

¿Porque no me aplastaste la cabeza?

(A Manuel Ramos, autor de mi busto)

Mi busto va saliendo de tus manos,
artista, y sale como tú lo ves;
como lo has comprendido, como es.
por algo en el pensar somos hermanos...

No en el sufrir, que tú eres la mañana
y yo la noche desolada y fría;
el ensueño eres tú, yo la elegía,
tú una canción, yo la tragedia humana...

Díste forma en el barro al pensamiento
que me roba, despótico, la calma,
en mi rostro pusiste el sufrimiento

Mi dolor modelaste; mi tristeza
pasando a tí entristeció tu alma...
¿Porque no me aplastaste la cabeza?

XCVIX

PIETRO Lo que es la vida

Vivir es caminar hacia la muerte,
presente en cada vuelta del camino;
ser víctima del mundo y del destino;
partir brioso y arribar inerte
a las riberas de la eternidad;
quererlo todo sin gozar de nada,
viajar sin rumbo, no encontrar posada,
y dejar esta herencia: ¡vanidad!

C

El mal de vivir...

Aquel hombre murió de un mal extraño
que nació en un segundo y duró un año ..
Todos dijeron:—“¡Sucumbió a la edad,
que es sin duda maligna enfermedad!”
Parecía sano, pero estaba herido.
Sí. Murió del dolor de haber vivido..

ADVERTENCIA

En este libro se han deslizado erratas tipográficas sobre las cuales quiero llamar la atención de los lectores.

En el verso tercero de la composición *Arboles llorosos*, donde dice *nos vierten en sus copas*, debe leerse *de sus copas*; en el tercer verso de la primera estrofa de *El gran espejo*, donde dice *eran* debe leerse *era*; en el verso segundo de la cuarta y última estrofa de la poesía *¿Dónde están?*, léase *por propia experiencia* en vez de *por propia esperanza*; en el tercer verso de la cuarta estrofa de *La agonía del Otoño*, se ha de leer *manchado de rojez*, y no *manchado de cojez*; en la estrofa sexta de la misma composición, verso tercero, *la mujer amada*, en vez de *la muerte amada...*; la composición *Sancho cuadrúpedo*, tiene un verso en el que ha de leerse *debe de tener*, y no *debe tener...* La poesía *Mujer ideal* está impresa por duplicado, y la segunda vez quedó trunca e incompleta.

Hay, además, otras alteraciones menos considerables, y trasposiciones de versos como la de la poesía *Reinado ilusorio*, donde los dos últimos de la estrofa segunda aparecen invertidos. En la poesía titulada *La presencia de Cristo*, léase *consolatrix afflictorum*, en lugar de *consolatus...*

EL AUTOR.

